

LUGAR DE LAS UTOPIÁS
(2001-2006)

Poesía

Jorge Palma

a Juan Aristimuño, leal cómplice de mis utopías

I

LOS ESPEJOS Y LOS DÍAS

Y SI NO FUERA

Un hombre golpea con un fémur
el portón de la fábrica donde
quedó encerrado su alimento.
¿Y si de pronto sonara la campana?
¿Si de pronto tronara el silbato
y la puerta se abriera, y un
tumulto pasara a su lado
como un vendaval y despertara?

Un ángel desnudo, llora temblando
en un rincón del comedor.
¿Y si no fuera llanto lo que moja
su cara, si fuera emoción o acaso,
ni siquiera fuera ángel o custodio
sino el sueño del temor, el resultado
del miedo en las solapas, en los ojos
afiebrados del hombre que suplica?

Una mujer encinta trepa
a un andamio, y deja
en la cornisa del cielo
el almuerzo para el preciso mediodía.
¿Y si acaso fuera una mujer
equilibrista vestida de fuego?
¿Si acaso, trepando los andamios
buscara mostrar desde el cielo
sus piernas como tallos,
sus ojos de primavera,
su cabello encendido como
una antorcha en lo alto
del día conmovedor?

Un hombre muerto hace dos horas
convoca a la reflexión
sobre lo efímero de la vida
y sus instancias.

¿Y si de pronto despertara?
y si acaso sólo fuera
un sueño pesado, un mal sueño,
y levantara un párpado
y se deslumbrara nuevamente

con el cielo que estalla
en su color
con el olor del verano
que se ensancha
y las flores
y los deudos
y las ceremonias posteriores
de la ausencia
pasaran
como pasa el viento tibio
en este atardecer de Enero.
Y fuera un sueño, la muerte
sólo fuera un sueño oscuro
que intentamos olvidar,
cada vez que la mujer
de cabellera de fuego
y ojos de oro, trepa
a los andamios del cielo
y nos deslumbra.

“Con usura ningún hombre tiene una casa de buena piedra”
Ezra Pound

EL TIO EZRA TENIA RAZON

El tío Ezra tenía razón:
no se puede construir una casa
con usura
ni un país
ni una calle cualquiera
que nos lleve a los labios
tibios del amor.
Mucho menos se puede respirar
con usura
o andar ligero de ropa
por el aire.

No se puede mirar el cielo
con usura
no se puede contemplar
las olas rompiendo
en los espigones
de la infancia,
ni temblar de alegría
con el trinar amarillo
de un pájaro,
no se puede respirar este aire
frío ni tocar la nieve
ni sentarse una tarde
de otoño sobre la falda
del atardecer
y contarle al hijo
que el viento ahora
se ha escondido
entre la cabellera revuelta
de aquel árbol
y que las estrellas
son lámparas que encienden
los duendes en el cielo.

Con usura no se puede
respirar,
ni acariciar, ni sentir
en el pecho, justo
a ras de piel,
el latido del alba
tan pequeña y tibia
asomando en las ventanas,
en los pliegues diminutos de tu cuarto.

El tío Ezra tenía razón:
no se puede construir una casa
con usura
ni un cielo ni una bandera
ni unos ojos que miren
ni unos ojos que al mirar
vislumbren
aunque sea por instantes,
el expectante rostro
del futuro.

¿DINOSAURIOS?

Los que buscamos todavía
el rostro de la luna
en la superficie aceitosa
de los charcos.

Los que sentados a los pies
de un árbol cualquiera
comprobamos el imperceptible
crecimiento de una hoja;
la caída vertiginosa
de una gota de rocío;
el salto de una araña
en su columpio de hilo transparente
hacia otra rama, ausente
del abismo que crepita
debajo de sus ocho patitas diminutas.

A esa hora precisa
cuando todos duermen
en la ciudad,
y en el silencio profundo
de la noche
sólo se escucha
el viejísimo latido
del universo.

“Del rojo al verde
se muere el amarillo”
G.Apollinaire

UN RIO ANCHO CON SABOR A OTOÑO.

Tú que tienes la precisión
prendida en la solapa:
¿a cuánto estamos hoy?

El olor de la tierra húmeda
trae en los bolsillos
noticias del mundo:
del rojo al verde
se muere el amarillo;
de mi casa al mercado
se mueren los niños
en el desierto.

Los noticieros hablan
de la guerra
y el cielo avanza.
Los noticieros hablan
de tormentas de arena
en el desierto
y los pájaros emigran
en mi cielo de otoño.

Mientras enciendo un cigarrillo
mientras la ropa
se seca al sol
se mueren los niños
en el desierto.

Del rojo al verde
se muere el amarillo.

Y las casas son abandonadas
por sus dueños,
y las viudas dejan flores
en la mitad de las camas
y se marchan,
se cubren la piel
con sus trapos de viuda
con sus pañuelos de luto
con sus ropas de humo
y caminan
por el borde del cielo
y caminan por las orillas

del mundo.

En mi patio con macetas
caen flores del cielo
y caen también
pájaros atravesados
por el sonido de la guerra,
y se despiertan las madres
bajo otro cielo
y en los mercados
las frutas, los pescados,
los pregones, no tienen
sonidos de luto,
ni hay viudas huyendo
a las fronteras
ni hay temblores de tierra
ni nadie sacude vidrio molido
de las mantas
ni los curas barren los escombros
de las catedrales y las iglesias
ni en mi cielo de otoño
contemplo esta mañana
la inmensa peregrinación
de ataúdes y pañuelos
que en algún lugar del mundo
se desatan; el polvo, la arena,
el desierto abrasador,
donde dicen estuvo el Paraíso
el Paraíso anhelado
a punto de perderse,
donde un niño sueña todavía
que tiene brazos
una familia, y sus piernas
inquieta de doce años
corren por las inmensas
arenas y salta, busca
nubes, desafía las leyes
de la física, soñando
por las tierras de Ur
a la sombra monumental
de las ruinas de Babilonia.

Del rojo al verde
se muere el amarillo.

Entre tu pecho
y el mío
se muere el amarillo.
entre tus alas y mi sueño
se muere el amarillo.

Entre tus piernas
y las mías
se muere el otoño,
a cuatro metros del cielo
por venir
a cuatro gotas de lluvia
o de rocío
a tres días de un disparo
demoledor y ciego
a dos minutos de la gloria
o el fracaso
a un segundo que aguarda
goteando el alba
tu boca de luz
tu llama
para contrarrestar acaso
ese grito que vuela incesante
entre dos ríos que llevan
la muerte
ese aullido que cruza el cielo
las tormentas el calor
un grito que cruza
el desierto, tu pecho
tu morada
y golpea como un puño
de acero
las ventanas de mi cuarto,
aquí, en mi pequeño cielo
de otoño,
demasiado lejos
de los hombres recién rasurados
que no volverán a sus casas,
de las mujeres
que conversan en la puerta
de un mercado
sin saber que esa noche
dormirán con la muerte;
de los que cantaron
en las duchas
por última vez, hermosas
canciones de veinte siglos,
y no supieron nunca
de nosotros y este río
ni del nombre del río
que nos nombra y atraviesa
con su mansa identidad.

Aquí en el Sur,
donde envejecemos
mirando los ponientes.

EL DESMEMORIADO-

Fue entonces que el hombre/
el bardo/ el poeta de la calle
en declive y con farolitos
en las puertas de las casas,
se convirtió de la noche
a la mañana en desmemoriado.

Quiso olvidar, y lo hizo,
los días violetas
en su casa de maderas/ del
olor a comida impregnada
en la sala
de la presencia de los otros
que nunca estuvieron
de los juegos coloridos
que nunca jugó
ni tuvo en sus manos.

Quiso olvidar y supo
que olvidando, nada entonces
recordaría.

Se olvidó de la lluvia
chorreando por las paredes
descoloridas del patio.
Quiso y pudo olvidarse
del frío en los cuartos/
de las mantas remendadas
y vueltas a coser.
De los pájaros más pobres
del mundo que temblaban
en las viejas ventanas/
que se dormían temblando
que se morían de frío
que sus cuerpitos delgados
se los llevaba el poderoso
viento del sur.

Dicen entonces que el hombre/
el bardo/ el poeta de la calle
en declive cerca del mar,
de la calle empedrada
con farolitos en las puertas
de las casas,
quiso olvidarse que era
bardo/ poeta/ hombre

de barro musical/
y quiso y pudo olvidarse
de los olores
de una cama húmeda
del ruido y el furor
de la lluvia, golpeándole
la niñez
de las ausencias
que fueron siglos
pesados en la sangre.

Dicen que dijeron
en el barrio musical,
que parecía otro
que ya no lloraba
que nunca supo de
donde venía ni a dónde
iban sus pies,
que no sabía de donde
le venían los versos
ni el olor del mar
que estaba metido
en todos sus poemas,
y ya no le importó
saber por qué le
habían dolido tantos
atardeceres y ponientes
ni por qué razón del cielo
escribía de noche
fumando tabaco sin parar.

Dicen que había dicho:
“Sí, me duermo rendido
encima de los versos/
pero siempre alguien
me levanta con dulzura
para que siga/ entonces
me despierto, como
recién nacido y vuelvo
a escribir”, decía
el hombre/ el bardo/ el poeta
de la calle en declive
cada vez que alguien
le preguntaba
que hacía de noche
en vez de dormir.

CABALLEROS

De vez en cuando se ven
algunos caballeros trasnochados
con gastadas armaduras/ viejos
pero enteros/ cansados/ pero
no vencidos/ mirando desde
alguna esquina de la ciudad.

Mientras la lluvia de abril
se aguarda como una bendición,
porque con treinta grados de noche
es difícil dormir/ soñar/ componer
canciones que hablen del alma/
de palomas o pájaros de colores
cruzando el cielo de la infancia.

De vez en cuando pueden verse
viejos caballeros, en las esquinas
de la ciudad/ con los ojos
cansados/ pero vivos/ con las ropas
gastadas/ pero dignas/
con el pecho lleno de agujeros
y preguntas/ mirando un cielo
que se derrumba
mirando atemorizados
desde los cuatro puntos
cardinales del asombro.

No lo comentes/ tampoco
lo pongas en duda/ que yo
los vi anoche/ a cuatro
segundos de mi frente
y la tuya/ mientras
dormías y yo velaba
a tientas tu sueño/ cuando
tu dijiste: “así que
soñabas con caballeros
medievales que nos miraban”
“Sí, dije entonces/ y no
sabés que cansados que estaban/
y qué dignos, pobres viejos,
y que hermosos.”

SALARIOS

¿Es lo mismo el salario
de una hormiga que el
de un narcotraficante?

¿Y el de un párroco/ una monja/
un obispo/ un cardenal ardiente?

¿Quién paga? ¿Quién ordena?

¿Es lo mismo el salario
de un sicario que el de
un médico/ un cartero/
un panadero/ que un
viejo y enlutado enterrador?

¿Quién paga? ¿Quién ordena?

¿Qué salario tiene Dios
por administrar las tareas
del mundo?

¿Quién paga? ¿Quién ordena?

¿Quién le paga a Dios?

ANDAMIOS

Se ven caras
pero no corazones/ mucho menos
el corazón astillado
del dueño del martillo/ del lejano
hombrecito del andamio
(manos pequeñas/ sudor casi
imperceptible/ latido
endemoniado al borde del abismo),
solo en su barca vacilante
solo en su cuna de tablas
y hierro
en su féretro móvil
inquieto como un péndulo
como una cometa extravagante
en los remotos cielos
de la ciudad que arde
entre humo/ bocinas/ pájaros
que huyen en medio de la lluvia
entre los golpes del martillo
que suenan allá abajo
para millones
como dulces notas musicales
cayendo del cielo.

II LA VIDA COTIDIANA

NADA ES REAL

Nada es real.
Ni el cielo violeta de tormenta
que amenaza,
ni esa lluvia pronosticada
a punto de romper
ni ese hombre-niño-pordiosero
presencia de la muerte
en el futuro.

Nada es real.
Ni esas manos pidiendo
una moneda en el desierto
de la ciudad,
ni esa mujer enlutada
que reparte besos
en las esquinas.

Nada.
Ni el salario miserable
ni la miseria
ni el miedo y su terrible
efecto multiplicador
ni los efectivos planes
de la globalización.
Nada.
Ni la vida en condiciones
deplorables
ni los deplorables
dueños de esas vidas
ni los huracanes
que te bailan en el vientre
ni los siete malditos días
sin descanso semanal.

Puedes creerlo.
Nada es real.

No lo creas nunca,
ni le des crédito
a los que fabrican
las inmensas condiciones
para la lluvia
y los escombros,
ni a los fabuladores
que con dos piedras
quieren hacer fuego
para calentar su cuerpo
con tus huesos.

Nada es real.
Ni el pájaro temblando
en la rama
ni ese olor de almizcle
que flota en la ciudad
por encima de los hombres
y los sueños.

NECESIDADES

Las que tiene el votante
a la hora de votar.

Las que tiene el enamorado
a la hora de amar.

Las que tiene el obrero
a la hora de obrar, de
parar la olla
de hacer un caminito
en el cielo/ una coartada
en el día manso o crepuscular.

Necesidades del cuerpo
de la vida
de los sueños

que en suma
son las legítimas necesidades
de los hombres
con todo lo dicho
y la dicha por venir
si los dejan solos,
cómo no,
y sueñan sin necesidades.

Y LA LLUVIA YA ESTABA

Cuando yo nací
la lluvia ya estaba
en el mundo.

Igual que siempre:
desigual/ larga/ copiosa
y transparente, mansa
y delgada como agujas,
fría o caliente
según la estación.

Sin edad,
eso dijeron siempre,
porque nunca pudieron
calcularle los años
de trabajo en el mundo,
limpiando cuerpos y caminos
llenando ríos y arroyos
llenando estanques
y latas en los fondos
del baldío.

Tan alta es
que no puede verse
su talla.
Tan lejana,
como el cielo
y su remoto balbucear.

Cuando yo nací
la lluvia ya estaba
en el mundo,
y las estrellas que viajan
por tu pelo cuando duermes
y el perfume de las flores
y la luz,
y las constelaciones
que hoy no se ven
en el cielo por exceso de humo
ya estaban.

Pero no estaban las fogatas
en las esquinas quemando recuerdos,
pero no estaban los niños
robados que cruzan las fronteras
con alcaloides debajo de los párpados,
ni los hombres que emigran
que cruzan el mar,

y en otras tierras, tejen figuras
de un país lejano,
entran a las panaderías
y señalan con el dedo, aquél
pan crujiente/ amarillo/ casi nunca
caliente/ y luego se marchan
doblados por la soledad
golpeados con fuerza
por un cono de sombra/ un árbol torcido/
una ventana entreabierto en un país lejano
que llaman patria.

ESA CALLE

Cada vez que paso por esa calle
por esa esquina olvidada
del cielo,
el niño que tuvo alas,
lanza al aire frío del invierno
su palito rojo, su trocito de
madera pintada, que gira
en su pequeño mundo, que flota
por segundos mientras
el tránsito se detiene, mientras
el palito rojo/ el niño/ ese
instante en una esquina
olvidada del mundo, son eternos.

Y entonces
se detiene la muerte
y se eleva la magia.
Y el niño tiene alas
por quince segundos
cuando sigue con sus ojos cansados
el palito rojo que sube en el aire
su trocito de madera pintada
que es, mientras flote: harina/
pan crujiente/ leche tibia
en el borde de los labios,
mientras dure
el cambio de luces
en esa esquina olvidada
del cielo.

“¡Sigán! ¡Sigán!
Aníbal

ANIBAL Y LOS ELEFANTES.

La muerte ya estaba decretada
en el aire,
negra muy negra.

Un hombre joven
parecido a mí,
cae de un andamio
y no es de mampostería.

Y mientras cae,
mientras su cuerpo
se precipita al vacío
y cae
no puedo hacer nada
porque su vida
está en el aire.

No puedo volar,
no puedo hacerme
pájaro o paloma
o sombra fugitiva
o silbido furioso
o aullido
en la mañana negra
muy negra
pintada de sal.

Un hombre joven
parecido a mí
cae vertiginosamente
de un andamio,
y mientras cae
mientras su corta vida
se precipita al vacío
yo le digo: “No sigas”.
“Esta vez no sigas”.

No caigas ahora
que no puedo, hacerme
pájaro o paloma
en la mañana negra
muy negra
pintada de sal.
No hagas lo que Aníbal.

No escuches ahora
lo que ordena el General,
porque la muerte negra
muy negra
está en el aire.

III
EL RIO INTERMINABLE

I

Nada se detiene
y el río avanza.

La mañana se llena
de pájaros
de párpados que vuelan
mientras el rocío
muy lentamente
regresa
a sus diminutas
cajitas de cedro.

El mundo respira.
La tierra late.
El aire es fresco todavía.

Yo voy por las calles y veo
a ambos lados
de este inmenso río
hombres y mujeres dormidos
en las esquinas de la ciudad,
o bajo los árboles
o en las ramas desnudas
que alguna vez sirvieron
de escalones,
de escaleras al cielo
o miradores celestes.
Y veo niños desnudos
oliendo pegamento
y hombres sin alas
durmiendo en los balcones
o en los zaguanes amarillos
de las casas verdes.

Mientras otros,
en racimos, salen
en bandadas
de las pensiones
vestidos de niebla,
salen dormidos
de sus piezas diminutas
como ataúdes
y en silencio remontan
el río interminable
vestidos de pájaros
o de conejos

vestidos de albañiles
u hombres de fuego
o disfrazados de arlequines
con penachos de colores
y una cinta roja contra la envidia
de brazaletes.

Otros, en cambio, van vestidos
de riguroso luto
y en hilera, porque dicen
sus parientes
que han sido besados
por la muerte.

Yo voy por las calles y veo
a ambos lados del río
vendedores de agua bendita,
y sujetos de cara pálida
ofreciendo arena santa
del desierto
y ataúdes rojos y pirámides
y santos negros montados
en corceles de yeso, cabalgando
hacia los cuatro puntos
cardinales
de la desesperación.

Mientras el mundo respira
y el río avanza.
Mientras la tierra late
y nada se detiene.

II

La mitad del día se clava
en el río, mientras
en la otra orilla
el viejo prestidigitador
juega con lunas diminutas
entre sus delgados dedos
de pianista.

El hombre del traje tornasolado
anuncia a gritos
la llegada de la lluvia.

Pasa un cartero vendiendo
estampillas,
y un rengo en bicicleta

conversa con el cielo
y da su bendición.

La mitad del mundo
se inclina hacia un lado
y la otra mitad
hacia el otro.

En la mitad de la nada
sueña con barcos
el prestidigitador,
el hombre ilusionado
con su ilusión,
sacando lunas azules
de un bolsillo.

El viento de la estación
se empecina, y la lluvia
acude como un aliado
incondicional.
Una vez más, el hombre
de traje tornasolado
acierta el pronóstico
del tiempo. (7 puntos)

Yo busco un cielo con alas.
Yo busco un río.

Hablo de desorientaciones
inequívocamente ciertas
cuando la lluvia cae
sin tregua
sobre la ciudad.

Pasan entonces hojas de diarios
con noticias amarillas,
hojas manchadas con crímenes
infames, y columnas
de fuego
que se desatan al Norte
del país
cuando un insensato
levanta en la mitad
de la noche una fogata.

El río se desborda
el viento se desata
y entonces vuelan
por el aire
medias incandescentes

de mujer
y paraguas descontrolados
agitando alas
como murciélagos,
y vuelan panes y vestidos
y papeles violetas que anuncian
el menú del día, y todo
se mezcla en el aire
enrarecido,
mientras el viejo prestidigitador
asumiendo su tiempo de sombra
arma barquitos de papel
en las orillas desbordadas
del río turbio.

Mientras cae la tarde
y se encienden las antorchas
y en las esquinas cansadas
del cielo
los ahogados colocan
espantapájaros
y se prenden las fogatas.

III

Entretanto me detengo y veo
a ambos lados del río
otro río sin pausa que avanza
sin piedad.

Alguien corre por las calles
de fuego.
Alguien sin rostro grita
por encima del aire:
“¡Han asesinado al
prestidigitador!!”

Lo mataron para robarle
tres monedas
las monedas que eran
lunas/ lunas que eran
su infancia en carromato
que eran panes y vino
en pueblos perdidos
en poblaciones distantes
al borde del cielo.

“Necesitamos un faro”, dijo
alguien-, “o una antorcha
que no la devore

esta lluvia
esta maldición de huesos
esta soledad en los zapatos.”

“Necesitamos un faro.”
“Y que su luz atravesase
la niebla.”

Hay hombres disfrazados
de tormenta
en las bocacalles,
en la puerta
de las alcantarillas,
y mujeres vestidas de lluvia
y atletas adiestrados
por el imperio
disfrazados de relámpago.
Y un pescador artesanal
que ha amarrado su barca
amarilla a una piedra negra,
ofreciendo los últimos peces
no contaminados.

(hay entrevero)

“Necesitamos un faro”, dijo alguien.
“O una antorcha,
o algo que no lo devore
la lluvia o los relámpagos.”

“Si al menos tuviéramos
una señal”, dijeron al unísono
dos voces pequeñas
detrás de una piedra.
Mientras un tatuador
ensimismado en su cuarto
de medio metro cuadrado,
estampa en los párpados
de un ciego, el nombre
de los últimos animales
en extinción.

Hay espantapájaros
desperdigados
en las esquinas violetas
de la ciudad.
“Está todo controlado”, dijo
la voz desde el altoparlante.
“Hemos puesto espantapájaros
en todas las esquinas
de la ciudad,

reforzado puentes y cloacas,
asegurado las 3.797
costuras del cielo
y montado un nuevo operativo
para detectar palomas lanza-proyectiles,
o bien, el surgimiento de células
terroristas en las cabinas telefónicas,
los baños públicos y las alcancías.”

Eso ha dicho el flamante
Ministro del interior,
cuando la lluvia caía
como una pared de agua
sobre la ciudad,
borrando de un manotazo
las palabras.

IV

Una estrella fugaz,
en fuga, cruza el firmamento.

Es la hora en que
los ebrios
los tísicos
los afiebrados por
el alcohol
los fisurados por
el polvo,
se desatan como el fuego
y vuelan aniquilados
por las azoteas y las ramas.

Es la hora funesta en que
duerme como un ángel
el viejo del organito
en que el tatuador acelera
y el moribundo avanza
cuando el delgado hilo de la vida
se adelgaza y se corta.

Es la hora en que los
alucinados saltan furiosos
sobre charcos de bilis
y anuncian en el cielo de neón
la llegada del último reino.

Es la hora en que los
cadáveres se quedan helados
y pierden de forma definitiva
la posibilidad de estremecerse
con el estallido sideral
de una supernova.

Y algo peor sucede todavía
cuando el mar de los amores
cava sin piedad su zanja oscura
y el frío golpea con furia
en las camas, en los pasillos
desiertos de los hospitales,
en los cuerpos tendidos
en las plazas y los parques
donde la muerte trabaja
sin pausa
disfrazada de mendigo.

V

A mitad de camino
entre el desvelo
y las fogatas
suenan tres disparos
y algo se desmorona
algo cae estrepitosamente
de un balcón
de una cornisa
de una casa de inquilinato
donde viven ángeles
y demonios
desterrados del cielo
y de la tierra.

Se desmadró la noche.
Se desbordó el río.

La luna llena
es un espejo
en el cielo de tinta.

En algún lugar de la ciudad
un hombre viejo barre
los huesos de la última
batalla, 6 casquillos
de bala, medias de mujer,
un violento rouge
desparramado en el pavimento,
que alguien aseguró eran
pétalos de una flor incandescente.

Una mujer bañada en lágrimas
intenta vanamente armar
en la vía pública, el
cadáver de un solitario,
mientras tiembla y se derrumba.

Otro grita al fondo
de un oscuro corredor
con olor a muerte,
mientras la luna ensangrentada
corre calle abajo sin freno.

Alguien estalla en llanto
en la boca oxidada
de una alcantarilla,
mientras entre espasmos
anuncia: "Detengan por favor

al plenilunio”.
“Va en dirección al
murallón y caerá al agua”.

Al tiempo que el cartomante
más viejo del río, deja
caer sobre la mesa
astillada del bar,
la carta nº 13 del tarot
mientras confiesa
en voz alta: “Esto es demasiado
compadre”, y se bebe
de un trago, medio litro
de alcohol rectificado.

VI

“No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.”

Federico García Lorca.

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.

Oigo el viento que sopla en las ramas
y me precipito al mar
al río de sombra
que avanza debajo del cielo
al río interminable que viaja
encima de mi piel
a ambos lados de este
mundo sacudido
a ambos lados de este
río enquistado y desigual
viejísimo y empobrecido
como nunca,
río de sombra
que es invierno.

Invierno en la manos
invierno en los pies
en las camisas
en el salario vilipendiado
en el salario de frío
en el salario del miedo
duro/ pequeño/ miserable
por donde se lo mire.

Camino solo y silbo
por estas calles
donde oigo mi respiración
y hablo: del humo que
contamina/ del aire que no sé
de la pregunta nunca
contestada por falta de
tiempo.

Tiempo en las esquinas
golpeadas por el frío.
Tiempo en las camas
golpeadas por la urgencia

tiempo en los hospitales
que se agolpan y piden
gasas, minutos, huesos
que resistan.

Yo escucho los ruidos
de la noche
y escucho los sonidos
de este río.
Palpo y toco
y ahora siento
como un tembladeral
como un temblor
una tormenta
un golpe en el aire
una sombra
que cruza mi frente
y es soledad
en las viejas ramas
de este barrio.

Y veo fogatas en las esquinas
y niños temblando metidos
en abrigos que no abrigan,
y ojos que miran
y no sueñan
y piernas que corren
y no andan
y no caminan
y no juegan.

Y muchos perros que ladran.
Y muchos perros que ladran
en el frío.

¿Y dónde están tus mapas,
Rafael?
¿Y tus botellas de colores
y astrolabios?

No duerme nadie por el cielo. Nadie, nadie.
No duerme nadie.

Yo voy por las calles abriendo el frío
y viendo con estos ojos tuyos-heredados,
vendedores de flores rodando
al costado de los coches
y mujeres delgadas como tallos
subidas a zancos altísimos
muriéndose de frío

y malabaristas con banderas
y palos de colores
y limpiavidrios y tragafuegos
y estatuas vivientes
que apenas respiran
y me regalan esta fría madrugada
una triste mueca helada.

¿Y dónde están tus mapas, Rafael?
¿Y tus botellas de colores y astrolabios?
Y tus cuentos, abuelo, de mares lejanos,
y los pájaros en los bolsillos
de tu camisa con su amarillo trinar.

Yo sólo oigo el viento que sopla
en las ramas,
el viento que arrastra papeles
y hojas sueltas, a ambos lados
de este río de sombra,
a ambos lados de este mundo desigual
enquistado, sacudido.

Mientras camino despierto
en la noche congelada.

Mientras escucho un latido
en la madrugada
y resisto.

VII

Dicen que esto fue escuchado
en las riberas del río.
Alguien dijo que luego fue grabado a fuego
en las alas azules de los pájaros.

Esto que escribo
no es un poema
sino una declaración urgente
del estado del mundo.

Por las avenidas de la sangre
por estas calles de pólvora
y estiércol, pasan los ahogados,
los verborrágicos y los mudos
los proxenetas y los bandidos
los amantes clandestinos
y los locos.

Y los arrepentidos
con coronas de fuego
en la frente,
y los verdugos vestidos
de etiqueta, perfumados
y rasurados hasta la perfección.

Todos acuden al mismo río
convocados por una campana
invisible y sin sonido.
Todos bailan,
o danzan alegres o crispados
o ebrios de dolor
o abrumados por el pasado
o atravesados por el arma blanca
de un amor no correspondido.

Por las avenidas de la sangre
por estas calles oscuras
de pólvora y estiércol,
pasan las niñas preñadas
de trece años, y los vendedores
de droga, y los curas
que huyen de los confesionarios
violando el celibato y la desolación.

Y pasan las putas más tristes
del mundo
y los travestis que juegan
los domingos de tarde al fútbol
remangándose las polleras.
Y los parias que nunca han
oído hablar de física cuántica
ni fibra óptica
ni locutorios.

Y pasan también los almidonados
y estoicos Blandengues
del General de la patria.

Todos acuden al llamado
de la sangre.
Todos corren o sueñan
y temblando por el frío
solitarios y heridos
en el alma
circulan en este inmenso mar
en este laberinto de esperanzas
y claudicaciones,
en un largo y extenso latido;
circulación crispada,
muerte y resurrección.

Y entre ruidos de bocinas
y ladridos
entre letreros luminosos
y estandartes
y ríos de gente sin otro
motivo que seguir viviendo,
pasa, sin que nadie
se entere, el prestidigitador,
montado alegremente
en su barco de papel amarillo,
como un barrilete liviano
flotando en el agua pesada
del río,
de espaldas al rencor
jugando con sus lunas diminutas
que saca de un bolsillo,
mientras las primeras luces
del nuevo día avanzan
y nada se detiene.

IV

LUGAR DE LAS UTOPIÁS

MARATHÓN.

Le ladraba al viento
y el viento le ladraba.

Había tomado dos vasos de vino,
después dos más
y se le nublaba el cielo
se le llenaba el corazón
de nubes
y en sus ojos de niebla
-ojos de amor clandestino-
había un niño
un proyecto de hombre
una aventura.

“Me duele vivir”, decía el muchacho.
“Yo amo el tango a muerte”, decía
y dijo también: “Se da cuenta”.
“Con este frío y doliendo todo”.
“¿Cómo se puede ser feliz
con esta lluvia?”

Yo lo miraba pestañar
y pensaba.
Yo lo seguía con la mirada
y era entonces
hermosamente torpe
adolescentemente cursi
tiernamente ingenuo.

Pero cómo decirle
y que creyera.
Cómo explicarle
lo que vendría
lo que la vida
se encargaría de mostrarle
tantas veces
del derecho y del revés.

Yo conocía ese gesto
de memoria.
Yo recordaba esa furia
apenas contenida
esa crispación de vísceras
y dientes
ese apabullante rezongar
de nervios: mal vino
en las entrañas, fisura
en los huesos, inmensa piedad

de los otros hacia él.

“Se da cuenta”, decía.

“Con este viento, con este día
nadie puede ser feliz”.

Mientras Catulo y yo lo mirábamos.
Mientras Catulo servía otra copa
y sonreía,
y en el espejo, en el aire,
en las mesas gastadas
del viejo café, flotaban
las palabras de aquel
proyecto de hombre, de aquel
manejo de nervios, de ese
racimo de uvas verdes
a punto de estallar,
de desmadrarse
de desmayarse
con un sándwich de realidad.

Había tomado dos vasos de vino
luego dos más, y se le nublaba
el cielo, se le doblaba el corazón,
y en sus ojos de niebla, ojos
de amor clandestino
había un niño, un laúd,
un hombre y su aventura.

Y la lluvia caía del cielo
sin pausa.

“Me duele vivir”, decía.

Y en la radio giraba un tango
alrededor de un ataúd.

¿Y el amor que te nace
en el alma? Yo pensaba.

¿Y las lunas inmensas
que rigen las mareas
y los partos?

¿Y los campos cosechados
que vuelven a germinar?

Cómo decirle entonces
y que creyera.

Cómo decirle en voz alta:

“mire el cielo y su rostro,
siga con sus ojos
el vuelo de ese pájaro,

escuche en silencio
el aire que respira
y entonces toque su pecho
deje que su mano encuentre
el latido misterioso
que alimenta su cuerpo
y lo hace respirar.
Y sueñe, dibuje, proyecte
en la nada un firmamento.
Mire sus manos (son perfectas)
parecen diseñadas
por un artista; piense
por un instante
en todos esos músculos
protegiendo sus vísceras,
en las curvas de su cuerpo
en la exactitud
de sus orejas
en las celdas infinitas
que componen sus ojos
y en su color (otro misterio);
vaya y venga por el cielo
y deténgase luego
en su cabello: miles
de hilos de colores,
y en sus párpados que caen
lentamente protegiéndolo
del polvo y del dolor.
Piense en su costado
piense en esa bomba roja
en ese huracán perfecto
en ese sistema de riego
(otra obra monumental de ingeniería)
que sigue trabajando sin pausa
mientras usted duerme,
y después me va a decir
como se puede ser feliz
con esta lluvia.
¡Se da cuenta!
Aunque muchas veces
se le doble el corazón
con tanta rabia,
aunque un amor clandestino
lo lleve de pies y manos
al lodazal,
y el agua del cielo
caiga sin pausa
y tarde en amanecer.

LOS INMORTALES

Creyéndose inmortales, los hombres
atravesaron el cielo
y lo llenaron de palomas muertas.

Y a su paso ígneo
a su vuelo de ruido y espanto
temblaron mezquitas y palacios
saquearon templos y bibliotecas
bebieron whisky en todos
los cálices del paraíso
violaron a sus mujeres
modificaron los mapas a su antojo
como si llevaran en un puño
medio centenar de huracanes
de bolsillo.

Creyéndose inmortales, los hombres
dividieron el átomo
hasta partir en cien mil partes
una ciudad.
Detonaron el miedo
en los atolones
levantaron muros de silencio
vaciaron vientres
en nombre de la paz
mataron presidentes
expulsaron a los indios
de su legítimo territorio
vistieron a sus mujeres
y evangelizaron
a las poblaciones primigenias.

Tiraron tifus, malaria y hepatitis
en los antiguos surcos del arroz.
Bañaron las espaldas desnudas
con napalm.
Gritaron, gritaron y gritaron.
Creyéndose inmortales,
invadieron países
construyeron casinos
en el desierto
llenaron de aguardiente
salmuera y herrumbre
los cuerpos de los pobres.

Traficaron órganos
en las fronteras

occidentalizaron el oriente
momificaron occidente
cambiaron kimonos
por trajes de alpaca
playas de arena blanca
por inmensas bahías
de mampostería
y olas alucinantes
pintadas de celeste
(la fresca brisa del mar,
es lanzada por grandes turbinas
de tracción atómica).

Pero algo de todo lo perdido
se preservó.
Algo se salvó de esa
terrible colección nocturna.

Lo que apenas se percibe
y está en las calles
en las esquinas de la ciudad,
lo que continúa en las casas
en las cocinas
en la vida cotidiana
de este mundo
fantasmagórico y real,
algo que alumbra
como un pequeño fueguito
algo que en silencio
sigue encendido
en el pecho intacto
de los hombres.

INMORTALES

Los que a instancias del oscuro
suben a los andamios
y justifican en las torres del cielo
su magro salario.

Los que sabiendo de antemano
que perderán, incluso la vida,
asumen su descontento
y se revelan,
marchan por las calles,
se golpean el vientre,
y llenan carteles
con las consignas de la sangre.

Los que a pesar del miedo
la falta de fe
la globalización
y la incertidumbre
siguen creyendo en las razones
del corazón
el amor eterno
y los absolutos.

Los que cegados por la luz
de la incompreensión
siguen sembrando margaritas.

Los que fueron golpeados
por el trueno y las llamas
y no dejan de dar
de comer a las palomas.

Los que hacen plazas
con hamacas
donde estallaron las bombas.

Los que sacuden el polvo
de las mesas abandonadas
y ponen el mantel y 100 cubiertos.

Los que lavan las banderas.
(aunque el protocolo diga lo contrario)

Los que se cagan en los protocolos.

Los que se casan 17 veces
para perpetuar el amor.

Los que resisten la picana
el plantón
el submarino
y vueltos a la vida
se reciben de maestros
y levantan una escuela.

Los que a pesar
de la sordera universal
construyen instrumentos.

Los que creen que el mar
se dobla como un pañuelo.

Los que creen que es posible
pintar estrellas en el cielo remoto.

Los que creen que el cielo
no es tan remoto
y se puede tocar, en ocasiones
extraordinarias, con la mano.

Los que aman demasiado
y en vez de adoptar
niños vietnamitas
se van a los suburbios
a trabajar con los sin cielo.

Los que construyen barcos
en el desierto.

Los que dibujan pájaros
en la cárcel.
Los que sueñan volar
como los pájaros.
Los que sueñan.
Los que tienen la cabeza
llena de pájaros.
Los que tienen pájaros
en la cabeza.

Los que consideran las arrugas
de la piel, condecoraciones.

Los que lloran cada vez
que muere un anciano
porque entonces se incendia
otra biblioteca.

Los que abandonan
el confort y las estufas
y en pleno ataque de asma
se marchan a la selva
para cambiarlo todo.
Para cambiarlo todo.
Para cambiarlo.

LA NIÑA Y EL LEOPARDO.

Si con un simple
chasquido de dedos pudiera
evitar que sufrieras...
O empujar con el hombro
tu cuota obligada de dolor;
esas nubes de hierro
destinadas para cada uno,
te muevas hacia un lado
o hacia otro te mojarán
de cualquier modo.

Tampoco puedo enseñarte
lo que es el miedo, porque
tarde o temprano tú misma
lo comprenderás,
hasta es posible que logres
sobrellevarlo de una manera
menos dramática
de lo que lo hicieron tus padres
abuelos, y parientes
lejanos que no llegaste
a conocer.
Comprobarás entonces
que te has ahorrado
un buen puñado de arrugas
y un encanecimiento prematuro
que parece ser una marca de fábrica.

Por ahora te observo dibujar
con la seguridad de un artista
consumado, empujada tan sólo
por el deslumbramiento del mundo
que empezás a conocer.

Afuera se pasea el leopardo,
silencioso y duro como un diamante.

Mientras tanto, niña mía,
cuido tus alas
y rezo porque nada te falte,
incluido el aire, tampoco
tu alegría, defendida
a cualquier precio
aunque me cueste mi propia luz.

Este es el tiempo
que nos tocó vivir.

Afuera de este cuarto
se pasea el leopardo
y la plaza de las hamacas
está vacía.

Hace frío.
Y yo te observo dibujar
en el vidrio empañado
de tu ventana: una casa
con chimenea, una flor,
un pájaro amarillo
(eso es lo que tú dices)
cruzando el cielo de tu cuarto.

Y yo no puedo enseñarte
lo que es el miedo, ni impedir
que sufras, alma mía, aunque
me lleve el cielo con nubes
a otra parte,
y tu cuota de lluvia destinada
la absorba mi cuerpo
gastado por los años y el amor.

Aún así
probaré con un chasquido
de dedos
a ver si resulta.

TOQUE DE QUEDA

La voz metálica del megáfono
chilló en la noche congelada
y ordenando: “Todos deben
retirarse de las ventanas.”
“Todos deben retirarse
de las ventanas”.
Pero ellos nunca supieron
que aquel revuelto
de ropas colgadas
del pestillo, se helaban
en la noche sin pestañar,
mientras tú y yo
nos contábamos al oído
las historias más bellas
del mundo.

FLORES EN EL BALDIO
(leyenda)

Cuentan que esto sucedió
sin que nadie lo llamara
porque se sabía que aquél
hombre estaba destinado
a combatir las tinieblas
por nueve siglos.

Al menos eso fue lo que
dijeron los astrólogos de turno
aquella noche de San Juan
cuando se encendieron
las hogueras para que
las poblaciones cercanas al río
supieran lo que es un milagro.

Para cuando dejé de suspirar
por la resurrección de la carne
aquel hombre había partido
hacia las regiones del hielo
para repetir la hazaña
que nunca figuraría
en los libros de magia experimental
ni en los almanaques del imperio.

Pero se dijo que aquel hombre
enloquecido, afiebrado, testarudo
por los cuatro costados de su piel
sembró todas las flores
del baldío, con una regadera
enorme y los bolsillos
llenos de pétalos de rosa.

Los mendigos del río
se habían sentado en los muros
para verlo atravesar
el baldío, sembrando pétalos
de rosa en los surcos
imaginarios que se abrían
delante de él.

Y que no hubo Dios
ni santo que lo detuviera.

Así las rosas
más bellas del lugar.

CIELITOS

Cuando por fin Juan y María
se dieron cuenta
que entraban al amor,
cada uno con su cuota
de embriaguez atada al alma,
andaban por las calles
pintando girasoles y leyendas.

Llovía y no se mojaban
porque por la piel
les caminaba la felicidad.

No la comprada a plazos
por la usura.
No la adquirida
en los templos
que nunca pertenecieron
al Señor.

Hacía frío
en los suburbios
de la piel
y no dolía.

Y después del amor
pintaban pájaros y carteles,
subían al cielo
de la niñez
con la levedad del aire
y trepaban a los árboles
con flores y consignas.

Hasta que un mal día
los borró el desamor
el desconsuelo,
y los cielitos de la patria
se llenaron de lluvia,
y las calles enteras
se llenaron de tréboles
sin hojas,
y las manos como pájaros
se volaron del cielo
cuando todo se voló.

Dicen que dijeron
que alguien los vio atravesar
los corredores oscuros
de la niebla

y que donde ella
fue enterrada
creció una flor.

Dijeron que a ella
la desarmaron en
27000 partes, para que
nadie, ni su perro
más querido la encontrara
jamás.

A él, en cambio, que apenas
tenía 17 razones para cantar
lo enterraron dos veces,
lo desenterraron
y lo volvieron a enterrar.
(era, como otros, uno de esos
muertos privilegiados
con más de una sepultura)
Pero nunca se enteró.

Alguien dijo aquella
tarde de lluvia: “ lo mejor
de esta vida no está aquí.”

Pero ellos querían amarse
en esta vida:
imperfecta
agridulce
misteriosa
turbia o huracanada,
con su cuota de peligro
y desamor,
donde pintaban carteles
y leyendas
y buscaban otros cielos
donde poner el corazón
y tanta vida.

V

LOS REFUGIOS

EL AIRE ILUMINADO.

Entre tu felicidad y mi pecho
danza el verano
y tiene manos de niña
patria mía.

Todo brilla distinto que ayer;
los colores son mas fuertes
el cielo más limpio, las blusas
de las muchachas transparentan
erotismo, pero todo es ilusión.

Son los mismos cuerpos, las
mismas manos, los mismos
corazones que van y vienen
de un lado al otro del río
y todo es ilusión:

Playas llenas de hombres
y sonidos
llenas de sueños
y guijarros
y desempleados de sol a sol
y de empresarios sin empresa
y de esperanzas
y esperanzados
al borde del mar
con antiguos proyectos
en un cielo sin nubes.

Sin embargo
en la cresta del día iluminado
el rostro alegre de un niño
vuelve como la primera vez,
cuando en la estación
de los jazmines
todo tenía un secreto gusto
a mares remotos
a latas extrañas compradas
en las tiendas de ultramarinos,
y el olor del mar
trepaba a los cuartos
a la cocina
a los viejos dormitorios de madera
decorados con guirnaldas de colores
con arpones, máscaras y astrolabios
mientras el Capitán
sentado como un sueño

en la mesa ovalada
de El perro que fuma,
leía en los diarios
las mentiras del mundo empobrecido
desayunando en tierras lejanas
más allá o más acá
de la isla de Thule;
el Capitán y sus galones
el Capitán y sus medallas,
el viejo lobo, enorme y azul
recostado a los dulces
ventanales de su barco.

Pero también era la hora
en que los mayores del río
entraban a las sábanas
y las siestas,
cuando el sol caía redondo
en los antiguos edificios
de la aduana
o repicaba ardiendo
entre las piedras adoquinadas
del puerto
(ese otro reducto del mar)
cuando en la costa
sólo andábamos los tres,
cuando entre la bruma
del calor agobiante
entre el aire caliente
y abrasador
veíamos llegar de pronto
a los viejos titiriteros
que venían del Brasil,
con lámparas de petróleo
con zancos y bastones
y flores de cartón perfumado
en las solapas enormes
de sus sacos.

Y los viejos titiriteros
que venían rodando
por las calles del mundo
por los caminos del cielo
seguían de largo
rumbo a la estación
rumbo al campito desolado
donde dormían
las máquinas a vapor,
el campito pelado
el campito del circo

del parque infantil
de lata, rojo, despintado,
tan pobre
que daban ganas de llorar
y subir al cielo
por unos colores prestados.

Darí cualquier cosa
por verlos llegar nuevamente,
subiendo en silencio
por la calle Petrarca,
o encontrar a Run Run
sentado en las piedras
más altas del río,
pescando mojarras
a la sombra del negro espigón;
y a Bubu llevando
el inventario de las olas,
o clasificando estrellas
a los pies del mar.

También, a esas alturas del cielo
llegaban los balleneros,
los noruegos de cabeza loca
y barbas de hierro,
con los dientes amarillos
de tanto comer girasoles,
fuertes como mármoles,
duros como el granito,
dispuestos a beberse
todo el vino y la cerveza
del lugar; dispuestos
a fatigar a todas
las mujeres de fuego
del hotel Del Globo.

Una noche serena (era alta
la madrugada entre poleas,
no había viento)
el hombre más viejo del mundo
nos mostró con un dedo
el hangar donde dormía
el agua del río.
“¿Está dormida?”, preguntó Bubu.
“¡Claro!” Exclamó el cuidador del mar,
cuando una estrella
de plata fugaz, cruzó
el cielo remoto
de la infancia.

VERANILLO DE SAN JUAN.

Como si el aire frío, de pronto, se hubiera
cortado de un soplo, así de golpe
el invierno se ha volado y llega sin aviso
el veranillo de San Juan.

Este aire tibio trae noticias
de otros puertos, y de pronto
el frío que acorrala/ el frío
que separa/ aturde/ paraliza/ se
desvanece en este veranillo de Junio.

En este impasse entre fogatas
y sueños
en este cálido susurro, entre
humedades y viento
y gotas de lluvia que ayer
fueron heladas,
desciende del cielo
su máscara de ilusión
su piadoso vestido de ángel
su pequeño milagro
de siete días
con flores y vestidos frescos
en las ventanas abiertas
de los cuartos
donde las muchachas alegres
se pasean frente a los espejos
y sueñan despiertas
en los patios de la luna.

De pronto hay gente por todas partes
mirando al cielo, caminando
por el borde de la noche
contando estrellas, sentados
al borde del mar o en los balcones.

Y hay también – quién lo diría –
versos apasionados en cuadernos infantiles
escritos sin pausa en las siestas
calurosas de la ciudad,
mientras las gaviotas apresuradas
huyen de los viejos almanaques
ganando con avidez el cielo de mi patria,
el cielo de mi sangre
el pequeño cielo de mi barrio
con claraboyas y faroles
donde las muchachas, tendidas

en los cuartos perfumados,
sueñan despiertas
bajo un cielo de verano.

EL CAMINO DE SIEMPRE

Todos los caminos conducen
a Roma; así le decíamos
a la casa: Roma, por amor.

Amor a los días serenos
de la infancia.
Amor en un patio soleado
de Domingo.

Y aunque esté lejos/ me separe
la lluvia/ el inmenso mar ponga
distancia/ años/ cuerpos
devorados por la sombra
y el olvido/ es decir: muertos
queridos que me atan
a esta tierra...

Todos los caminos conducen
a mis sueños sin distancias
a mis cielos de Noviembre
con jazmines.

Todos los caminos conducen
a Roma.

Vea:

Por esa calle empedrada,
subiendo por esa calle
con sombra de plátanos
y panadería/ dobla usted
primero a la derecha
y luego/ cuenta tres árboles
y en el tercero/ en dirección
al río/ hay una puerta
muy dulce y dos balcones
de un lado, y del otro, sabe,
uno solo, donde yo dormía,
donde soñaba y era eterno
el amor y los veranos
y todos mis muertos queridos
andaban por la casa
haciendo planes a viva voz;
vivos eternos atados a mi vida.

ACASO LA TERNURA

Acaso sólo nos quede
la ternura
sólo eso
y está bien.

Después de todo,
luego de las batallas cotidianas
y los acontecimientos siderales.

Qué más da:
entre el humo y el llanto
entre el ruido innecesario
y perturbador, la ternura
es decir: la tibieza
de un rostro/ unas manos/
un cuerpo que en silencio
aguarda la llegada
de otro cuerpo

y hay celebración.

RECUERDOS OLVIDADOS

Hoy han pasado casi todos los colores
y perfumes de la estación
y mi ventana, esta mañana,
es amarilla.

¿Dónde estarán las cometas
que perdí en la infancia
y se fueron al cielo?

¿Y los besos que se llevó
la lluvia por las alcantarillas?

¿Y el barquito que, intrépido,
golpeó las aguas incansables del sueño
y terminó atrapado para siempre
en una botella de colección?

¿Hay un coleccionista de instantes?
Y en ese caso ¿en qué sótano
o guarida el señor del tiempo
almacena recuerdos olvidados?

¿Quién se quedó con el teatrillo
de títeres de yeso?

¿En qué baúl de niebla
guardaron los huesitos
de la lluvia?

Dime, señor del tiempo:
¿Dónde encuentro los recuerdos
olvidados?
¿En qué sótano o guarida
encuentro los colores que me faltan?

VI

DONDE RESPIRA LA ROSA TODAVÍA

DONDE RESPIRA LA ROSA TODAVÍA

Padre mío. Dónde estás.
Dónde estás esta noche fría
y triste de invierno
cuando todos los perros
de la ciudad, aúllan como lobos
en los húmedos bolsillos
de la sombra.

Si sólo pudiera tocarte
si acaso
ese desierto de niebla
que me separa de tu frente
se acortara, y entonces
pudiéramos conversar
ahora que soy un hombre
ahora que seguramente
estoy repitiendo sin saber
las mismas cosas
que vos decías
cuando tenías mi edad,
la que ahora tengo
y me va acercando
cada día
a tu día eterno y luminoso
a tu único día
estés donde estés.

Aunque hoy quisiera
que estuvieras conmigo.

Esperándome junto
al rayo de sol tibio
del otoño, un Domingo.

Asintiendo o discrepando
en la noche más austral,
contando estrellas
a medianoche,
bebiendo la rubia cerveza
“con moderación”, según
tu código inquebrantable,
según tus apuntes
de aplicado General.

Esto que escribo, padre,
no es un poema, acaso
una carta tardía
en la madrugada,

mientras todos duermen,
mientras las tres mujeres
de la casa, cada una
en su cielo, avanzan
en este mundo sin piedad.

Dicen que después de una muerte
cuando sólo queda en el aire
el olor de una derrota,
al fin internalizamos,
que poco a poco se va hundiendo
en nosotros lo perdido, despacito
hacia adentro, con tanto amor.

Será por eso
que a partir de tu muerte,
mucho después que se quebraran
para siempre todos los balcones
del barrio,
luego que se apagaron
todos los faroles de la cuadra
y los relojes de tu cielo
de golpe
cayeron asesinados
a la misma hora,
será por eso que después
más que dolor
lo que hubo fue
un viaje hacia adentro,
aunque yo no sabía
donde estabas;
si detrás de la última
vértebra lumbar,
si dormitabas sereno
al lado de mi ombligo,
o acaso, silencioso,
navegabas por mi sangre
en esa aventura nocturna
de ultramar.

Sea como fuere
estabas muerto y enterrado
para todos
menos para mí,
que te sentía entero
navegando por mi sangre,
aunque a veces duermas
la siesta
en tu propio limonero.

II

Ahora no te nombro
sólo te evoco
para que estés conmigo.

Pero que puedo decirte
que vos no sepas,
que puedo contarte
si vamos juntos
a todas partes;
si te levantás conmigo
y trasnochás fumando
tabaco rubio
en el cuarto del frente
hasta bien entrada
la madrugada;
si seguís cuidando
a los tuyos
como yo lo hago;
si cada vez que tomo
el pan
la sal
muevo la mano
y miro mis dedos
delante de mi cara,
veo tus manos
miro con tus ojos
me sorprende todavía
mirando un cielo distinto
pero igual al tuyo,
y no me escandalizo
porque como vos, aprendí
a ver el bosque
detrás del árbol,
y hoy camino más despacio
que cuando tenía veinte años;
no por cansancio o sobrepeso
sino porque la vida duele
y es precaria
y porque en algún momento
del viaje hacia adelante
las cosas se vuelven relativas,
entonces resulta de buen tino
decir como los “franchutes”:
“Laisser faire, laisser passer”.

No por comodidad, no.
En todo caso, porque estamos
de paso por la tierra.

III

Aquí me tienes, padre,
intacto como el primer día
que aprendí a decir tu nombre.

Y esta noche que te escribo
frente al río
esta noche faltan los relámpagos,
pero un fogonazo
que viene de otro sitio
que no es el cielo
ilumina por instantes
la calle empedrada
donde comenzaste a respirar,
a correr bajo ese túnel
de árboles altísimos; sombra
fresca de los veranos del '36.

La calle sigue empedrada
aunque por tramos le cambiaron
el nombre, pero es la misma.

La misma luz, muy tenue
por obra y gracia de los árboles
tupidos, aún en verano,
los mismos gatos, otras generaciones,
los perros falderos
ladrándole a las ruedas
de los coches, Francisco
envejeciendo con sus tijeras
y peines, con sus espejos desvelados,
mientras el azogue se va fugando
de a poco, lentamente
y sin avisar.

La puerta de la casa
siempre abierta, el angosto
y larguísimo corredor
por donde me contabas
el hielero tiraba la barra
gruesa y transparente
con un gancho
hasta golpear como un puño
helado la puerta despintada.

Padre. El mundo está sin revocar,
y en la esquina amarilla
de tu sueño, sigue habiendo
un organito con sus patas

celestes y blancas.

Y lo demás es niebla.

IV

Yo que pensé
que los pájaros no regresarían,
yo que creí que los veranos
de la infancia
serían los últimos
y me asustaba no verte llegar,
cruzar la calle iluminada
de amarillo y el reflejo
de las claraboyas en el cielo...
Yo creí que no regresarías.

Sin embargo esta noche
sin viento estás aquí,
como estás conmigo
desde aquella noche terrible
en que decidiste
mudarte de cielo,
trashumante o peregrino,
hermoso diamante de cien kilates.

Yo naufragaba a diario
cuando no llegabas.
Yo zozobraba en la penumbra
de mi habitación
cuando no te veía.

Cuántas veces
entré a tu cuarto
mientras dormías
sólo para saber si respirabas.

Cuántas veces
entré a tu habitación
sólo para saber si te habías ido.

V

De tanto ir y venir
por las veredas del cielo
me hice hombre, tan sólo por edad,
porque sigo siendo aquel muchacho
fantasioso que quería ser pintor.

Pintor de ángeles temblando
en las esquinas oscuras de la ciudad.
Pintor de pájaros encendidos
en sus jaulas de amianto.
Pintor de hombres y baldíos
en esta tierra amarga,
en este mundo convaleciente
y sin revocar.

VI

Padre: si es verdad
que todos tenemos un destino
prefijado, el tuyo estaba
ya cumplido.

Lo que vino después
lo demás
fueron compensaciones
cierta tranquilidad zumbona
tardecitas de sol tibio
en la puerta iluminada
de la casa vieja
pequeñas franquicias del cielo
nada más que para
tenerte distraído,
porque a su debido tiempo
todo lo comprenderías.

VII

Padre: estoy tan solo
como el primer día
que estrené el mundo.

Estoy tan solo
como aquel día
que decidiste migrar
en un cielo crepuscular
y sin campanas, cuando
un reducido círculo
de sombras
se enteró entonces
que partías.

Sin embargo yo te veo
caminando en la penumbra
de un enorme salón

lleno de relojes
que invariablemente dan
la misma hora crepuscular,
la hora contundente
del relámpago y el trueno.

Padre mío, yo te digo:
cuando el crepúsculo estalle
en el río
y la ciudad ausente
vuelva a encender sus viejas lámparas,
yo estaré sentado
en el antiguo escalón
de la casa nuestra
esperando la llegada
del pájaro de fuego,
del pájaro que me lleve
en un batir de alas
a ese lugar encendido
donde habitan tus relojes
y el tiempo nunca se detiene.

A ese lugar sagrado
donde respira la rosa todavía.